

sé mal ajustado. Se sentó, y despues de haber dado el primer registro me dijo en voz baja:

—Tengo miedo de cantar esta noche.

—¿Por qué?

—Estoy enferma, me duele el pecho.

—Aprensiones.....

—Solo por condescender lo hago..... pero no estoy bien, me va á faltar firmeza.....

—¿Pero por qué?

—Que sé yo, pero estoy segura de que no cantaré bien..... estoy inquieta..... casi turbada.....

—Veremos: comience vd.

—Sí, al mal paso.....

Y cantó no sé si una aria, ó romanza, ó cavatina, cuyos versos eran de amor. Al levantarse del piano dejó que otro la condujera á su asiento.

Habíamos bailado juntos otra vez, pero la tertulia estaba prócsima á dispersarse y comencé á temer: nada decia sin embargo, por temor de fastidiarla, á pesar de que los zelos me consumian habiendola visto bailar un valsé con otro. Se tocó la última contradanza, y yo me quedé sentado lleno de tristeza, léjos de ella, por no humillarme diciendole mi sentimiento. La contradanza es uno de los bailes que pueden prolongarse indefinidamente sin cansarse tanto; así que la mayor parte de los jóvenes que ya tenian compañera y estaban en actual ejercicio, no querian que se cambiase, para retardar cuanto era posible el fin de la fiesta.

Isabel llamó á uno de los que tenia al lado y habló con él dos palabras; el hombre en seguida se dirigió á los músicos y de repente comenzaron á tocar uno de los valsés favoritos de la época. Yo comprendí todo al momento y me levanté alborozado; cuando llegé cerca de Isabel ella estaba ya en pié.

—¿Ve vd. cómo se hacen las cosas?—me dijo tomando mi brazo.

—Ahora lo agradezco mas: ya temia.....

—Siempre desconfiado..... bailemos que el tiempo que nos falta no es mucho.

El que baila valsé con cualquiera muger siente agitacion porque se mueve; se embriaga porque da vueltas; pero el que lleva en sus brazos á una muger que ha descado dos años, y está en vísperas de poseer, se vuelve loco.

El vestido de Isabel era de seda, y mi mano enguantada resbalaba frecuentemente de su cintura; en uno de los ratos que paseabamos para tomar aliento le dije:

—Temo que me suceda siempre lo que ahora; que se me escape vd. de las manos.

—No lo tema nunca: mi cuerpo es demasiado pesado para volar.

—Pero el alma es muy ligera.

—¿Y quién dice que yo tengo una alma?

—Y grande á mi parecer... y miéntras mas grande mas vuela.



—Pero encerrada en el cuerpo se vuelve tan pesada como él.

—Ojalá; y yo procuraré que no se me escape.

Yo le hablaba de alma y ella me respondía de cuerpo: desde aquel momento me chocó este lenguaje, y desde aquel momento que marcó el contraste de los caracteres, comenzaron mis desgracias.

La fiesta acabó por fin, y he sentido tanta amargura como si nuestra separacion hubiera de ser eterna. Los últimos que hemos salido de la sala hemos sido el general y yo. En la calle, me dijo el general:

—Dichoso vd., caballero.

—¿Le parece á vd. que lo soy?

—Lo veo, y lo viera un ciego. Vd. es el rey...

—¿Cómo es eso?

—El marido de la reina es el rey; Isabel ha sido la reina de la fiesta..... como en todas.....

—Pero, general, vd. supone mucho: yo no tengo con esa señorita ni pretensiones.

—¡Y que á mí, perro viejo, me salga vd. con eso!....

—Sería fatuidad si dijera otra cosa.

—Hace vd. bien; tal reserva es muy propia de un caballero.

—No es reserva.

—Está bien, está bien, no disputemos: lo que le digo á vd. es que casi inválido como estoy, esta noche me he sentido hervir mi sangre, y le tengo á vd. envidia.

—Pues no hay de que.

—Hasta mañana, amiguito: y dichoso vd.

—Hasta mañana, general.

Pobre viejo—he dicho al separarme de él—de veras tiene motivo de envidiarme, y de veras soy dichoso, muy dichoso..... ¡Ah! ¡Isabel!..... el día que te vea yo en mis brazos me mata el placer.

Una de estas noches no tienen comentarios; es preciso acostarse á dormir para gozar soñando los placeres que todavía no están sino en la imaginacion. En una de estas noches por precision se sueña.

Marzo 22.—Los cuatro días pasados han sido para mí de verdadera inquietud.

¿Le hago una declaracion formal?..... pero esto me compromete á todas las obligaciones de un galán: por otra parte, ¿qué es lo que voy á decirle? ¿que la amo ó que la deseo? lo segundo es ofenderla; lo primero una necedad: negocios de esta especie se siguen por las vías de hecho, sin otras condiciones que considerar el carácter de la persona, su educacion, sus circunstancias, su delicadeza, para no presentarle el amor bajo un aspecto repugnante ó temeroso..... Y si permanezco quieto mas tiempo, me tendrá, y con razon, por un necio..... entre hablar ó hacer no tengo medio. El papel de amante rendido y acaramelado puede hacerla reir, á ella que la noche pasada me habló de cuerpo y no de alma; si me aventuro á insinuarme prácticamente tendrá derecho para ofenderse, porque solo el amor autoriza ciertas licencias, y sin una previa declaracion que



pueda servirme de disculpa en cualquier caso, estoy á riesgo de caer en ese terreno tan quebrado como resbaladizo. Ella tiene mas sangre fria que yo, y si pierdo, como suele decirse, los estribos, puedo caer tan mal trecho en una escena, que caigan sobre mí el ridículo ó el enojo..... ¿Qué hacer?..... este estado violento no puede durar mas tiempo; algo es preciso hacer para cambiar nuestras situaciones: ella espera, yo deseo; ella me dá ocasiones y yo dejo escaparlas..... Tal vez voy á hablar tan tarde que ella se fastidie: en el baile mismo debí haberle dicho..... pero no; ella conocerá bien que en un baile nada puede decirse sin esponerse á ser sorprendidos por alguno.....

¿Pero decirle que la amo?..... ¿qué proporcione, tengo yo para marido?..... y la cuestion no puede presentarse de pronto bajo otro aspecto: nada le diré, pero tácitamente no puede entender otra cosa, no debe por su mismo decoro..... ¿Qué hacer para no perder el tiempo ni esponerme á perderlo todo por una imprudencia?.....

Así he pasado todo el dia sin resolverme á nada: yo tengo el convencimiento de que solo el amor puede ser un decente pretesto para permitirse ciertas licencias con una muger que no es lo que se llama una muger perdida; es la máscara que yo mismo debo ponerle para que no el rubor la aleje de mí sacrificando su deseo á las esigencias sociales..... Por otra parte es un negocio puramente material el de que se trata, y una declaracion es un obstá-

culo..... ¿qué hacer?..... hechos y no palabras me ha ecsigido y me ha dado hasta ahora; pero ella no es tan vil que consienta, ni deje manifestar su deseo impuro, sin una apariencia de pasion, disculpa de los estravios en una muger de cierta clase.

Ha llegado la noche, sin poder resolverme á nada, y he tomado el camino de su casa indeciso y temeroso por no saber qué partido tomar. La he encontrado en el balcon como siempre, y me ha salido á recibir en la antesala.

—Traiga vd. su silla y venga á sentarse junto á mí—me dijo despues de haber vuelto á tomar su asiento en el balcon—No de esas—me dijo al ver que tomaba una de la misma sala;—¿no estaria vd. mas cómodo en uno de mis sillones?

— ¿Pero adonde?.....

—Allí, en el costurero.

Nos sentamos, pues, en la forma siguiente. Dos luces ardian sobre el piano colocado sobre la misma pared de los balcones, y descuidadas, alumbraban apénas el aposento con una luz opaca: nosotros, casi fuera del balcon y bajo las cortinas interiores quedabamos entre sombras, y estabamos colocados de manera que uno frente al otro, los piés quedaban al lado izquierdo de los asientos. Rosa dormia en el sofá de enfrente, dandonos la espalda.

La conversacion tuvo por objeto desde luego nosotros mismos: yo distraido por un momento no me ocupaba de lo que hablabamos; pero de repente dijo Isabel.



—Uno de los rasgos que caracterizan á vd. y que me agrada mas es la franqueza.

—Ya que habló vd. de franqueza le voy á decir una cosa.....

Esto lo dije ya con la boca seca, y buscando aire que respirar porque el pecho se me oprimia: para disimular algo mi turbacion, y dar lugar á que pasase el vértigo que se apoderó de mi cabeza, me levanté á encender un cigarro dejando pendiente la conversacion.

—Yo tambien quiero fumar, deme vd. cigarro.

Isabel no fuma nunca.

Silenciosamente saqué un cigarro, se lo dí, lo encendió en el mio, y desde este momento recargando la barba sobre el pecho me veia al través de la columna de humo que subia tranquila, con una mirada fija, escudriñadora, penetrante..... Era la mirada de un gato que sin saber el rumbo que tomará el raton, espia inquieto, pero firme, el agujero por donde va á salir.

—¿Qué me iba vd. á decir?—me preguntó viendo que permanecia silencioso.

—Esto.....—mi voz era balbuciente y entrecortada—¿Se ha visto vd. bien en el espejo?.....

—¿Por qué?.....—me preguntó asustada visiblemente.

—Si se ha visto vd., debe haber percibido que es una muger llena de encantos.

—¡Vaya!.....

—Sí, de mil encantos que son capaces de infla-

mar al hombre mas frio..... Antes habia yo oido decir que era imposible estar junto de vd. sin amarla, que se enamoraban de vd. cuantos la trataban..... Todo lo creia ecsageracion de algun apasionado, ó necesidades de nuestros jóvenes noveleros y amantes de imitar cuanto oyen decir; pero..... no sé si por mi desgracia ó mi fortuna, he conocido que es cierto cuanto me decian.....

—¿Y bien?.....

—Apénas llevo unos cuantos dias, dias no mas, y ya no siento por vd. una simple amistad..... En pocas palabras; ó estoy ya enamorado, ó muy próximo á estarlo. Pero hoy es tiempo todavia; el mal, si lo es, aun tiene remedio, y ántes de que se arraigue en mí una pasion que me ocasione pesadumbres, quiero saber las esperanzas que debo concebir.....

Esta es la declaracion mas necia que puedo hacer en mi vida. ¡Conocer el carácter de Isabel y hablarle en lenguaje tan sincero y tierno!.... Porque le hablaba con el alma; estaba preocupado, y lo que le decia lo estaba sintiendo en el alma.

—¿Esto era lo que iba vd. á decirme?—me preguntó ella.

—Sí, esto: y ahora.....

—Bien: la franqueza con que me ha hablado vd., la agradezco, y se la debo pagar.....;vd. quiere que le diga lo que siento?

—Sí; sea lo que fuere.

—En primer lugar me ha causado vd. una pesadumbre con esa declaracion: á Gabriel lo aprecio,



lo quiero como al primero de mis amigos, pero mi corazón está muerto; no puede amar, ya no ama à nadie.....

—¿A nadie?....—pregunté con intencion.

—A nadie.... estoy muerta ya para el amor.

—Al hacerle à vd. esta declaracion, le debo ántes que nada algunas esplicaciones. Mi pasion por Serafina ha sido pública; pero ante vd. ya no existe. Léjos siempre de la una y cerca de la otra, cansado de sufrir desdenes y desprecios me echo en los brazos de vd. y se la sacrificio con todas sus ilusiones.

Al decir estas palabras sentí un remordimiento verdadero, íntimo, horrible.

—Gabriel, soy muy desgraciada!.....

—Por qué?

—Soy muy infeliz y hago infelices á cuantos me rodean. Es cierto, es cierto que muchos de los que me tratan se enamoran de mí, y de este modo me veo obligada á aislarme del mundo, á renunciar de los amigos que mas quiero, ó à hacerlos desgraciados....¿qué culpa tengo yo de esto?...no puedo amarlos á todos; es imposible..... Quisiera yo saber qué hallan en mí de bueno, de hermoso, para arrancarme, para ocultarlo, y no inspirar ese amor que à todos nos trae la desgracia.....

—No se ha visto vd. en el espejo?

—Sí, y me veo fea.....

—No quiero adular á vd. llamandola linda, pero en cambio tiene vd. mil atractivos, mil encantos....

—Que en vez de causarme alegría, me producen pesares.

—Le pesaria á vd. que yo la amara?

—Lo que me pesa es no poder amarlo..... Gabriel, yo no puedo amar; pero si su felicidad estuviera en mi mano se la daria.

—Su amor!.....

—Es imposible.

—Una esperanza siquiera.

—Ni mi amor ahora, ni esperanza para despues.

Yo quedé mudo. Ella comenzó á vibrar un pié tocando con la punta el borde de mi asiento: sentí impulso de tomarlo à fuerza y besarlo, pero me contuve. Cinco minutos pasamos á lo ménos en esta escena silenciosa, difícil: de repente me paré, y apoyandome en el respaldo del sillón la dije:

—Me voy.....

—Tan pronto!.....

—Me voy para no volver á ver á vd.

—¿Qué dice vd., Gabriel?

—Vd. comprenderá bien que no debo verla mas: mi pasion naciente puede apagarse léjos de vd., pero cebandose con su vista todos los dias, llegará á dominarme, y no tengo ni esperanzas.....

—Soy muy desgraciada!.....

—Mas lo soy yo..... En fin, me voy.....

—Digo que no.....y espero que volverá vd. á verme.

—Eso nunca.

—Ya verá vd. como sí.



—Me juzga vd. tan débil que no pueda vencerme?.....Por mí mismo.....y por vd. debo hacerlo.

—¿Pero no habrá medio de que se cure de esa pasión sin necesidad de privarme de su vista?

—Pienso que no.

—De modo que en este caso yo soy la víctima, yo que pierdo un amigo..... Ya veremos el modo de curar á vd.; pero entre tanto no deje de venir; si en algo me estima de veras se lo suplico.

—Pero vd. no debía suplicarme eso. Los hombres somos muy fâtuos, y podría creer que á pesar de lo que me ha dicho ahora aun me quedaba alguna esperanza....Viendola siempre le hablaré de mi amor.

—Ya se desengañará vd. de que es verdad lo que le he dicho, y dentro de poco estará curado.

—Adios.....

—Se va vd?

—Sí.... y para no volver.

—¿Bien!..... vayase vd.....

El acento con que me dijo estas palabras era un mandato: dejé el sombrero que ya tenia en la mano, y volví á sentarme.

Otros cinco minutos de silencio frio, difícil que yo interrumpí:

—Esta situación es violenta, Isabel; yo debo irme.....

—Hablarémos de otra cosa para que se distraiga vd.

—En este momento no tengo cabeza, ni voluntad de hablarle sino de amor.

—Pues bien, hable vd. lo que quiera.

—¿Para oír una nueva repulsa?.....

Isabel permaneció callada, inmóvil; yo tambien.

—¿Quiere vd. que permanezca aquí?

—Sí.

—Pues evitemos al ménos la ocasión de hablar: pongase vd. al piano; cante ó toque algo y desde aquí la oiré yo.

—¿No es mejor que conversemos?..... busque vd. un objeto nuevo de conversacion.

—Si no quiere vd. que me vaya inmediatamente, ha de ser bajo esta condicion.

Se levantó sin hablar y se puso al piano.

—¿Se queda vd. tan léjos?

—Sí..... no quiero estar mirando.....

—Al fin se acostumbrará vd. á verme sin amarme. Venga vd. por aquí.

—Sea.....y fuí á tomar asiento cerca de ella.

—¿Qué toco?—me preguntó.

—Lo que vd. quiera.

—Vaciló un rato y comenzó á tocar no sé qué cosa.

—¿Le gusta á vd?

—Mucho: prosiga vd.

—Cuando acabó me dijo:

—Voy á tocar ahora un valse que me hicieron repetir todas las noches por mucho tiempo..... Es feo, pero para mí tiene muchos recuerdos.



Hablaba de Victor.

—Muy bonito es—le dije cuando acabó.

—Le falta una parte que no toco porque me haria llorar.

—¿Tanto así le interesa á vd?

—Tanto así.

—Me despido otra vez.

Y me levanté á tomar mi sombrero, para volver cerca de ella, donde permanecí en pié hasta el fin.

—Es muy temprano todavía.

Yo he acostumbrado siempre retirarme á cierta hora fija: que, aunque poco, tardaba todavía.

—Ya es la hora.

—Todavía no da.

Isabel estaba ya de frente para mí con un brazo apoyado sobre el teclado: se habia sacado un anillo y jugaba con él dandole vueltas en la otra mano y como besandolo algunas veces. La luz la bañaba perfectamente; yo veia su cara lindísima, y veia el anillo con que me provocaba, y que tenia deseos de arrancarle de las manos.

—Sea lo que fuere me voy, y para no volver; ya lo sabe vd. El público que conocia ya nuestra amistad estrañará el rompimiento; yo los contaré á mis amigos que me enojé por una bagatela, una falta de atencion; y esto les satisfará á todos.

—Entónces yo pierdo; dirán que soy una malcriada.

—No; vd. tiene bien sentada su reputacion, y creerán mas bien una patarateria de mi parte.

—Bien, haga vd. lo que quiera.

—¡Adiós!.....y vacilé sobre arrancarle el anillo y llevarmelo.

—Adios—me dijo friamente:

Rosa permanecia durmiendo. Yo salí de la sala entre picado y alegre, y mas que todo satisfecho de no haber caido en la tentacion del anillo. Le doy tanta importancia á este hecho, porque habiendo creido percibir desde ántes que ella se propone un camino diferente del mio, me he encaprichado, sin yo mismo percibirlo, en conducirla y no dejarla conducir. Ella está por los hechos, yo por las ideas, ó siquiera por las palabras: hé aquí dos personas que animadas del mismo deseo, se separan mas y mas impelidos por su diverso temple; y hé aquí la primera prueba practicada de que lo que se llama amor cambia de aspecto segun el carácter de las personas. Yo, poeta, estoy por las ilusiones; ella, simple muger, está por los hechos; ella querria ceder por cumplir su antojo sin disimularlo; antojo es tambien el mio y nada mas; pero quiero que el amor nos preste su manto para cubrir las flaquezas de la carne.

Mi alegría, sin embargo, es ficticia, superficial: en este ataque perdí; y aun temo haber cometido con mi declaracion una imprudencia que comprometa el écsito del negocio. He estado despues en el café tan alegre y boruquiento, que el general de los bigotes me ha dicho:

—Vd. viene muy contento; lo felicito.

—No tengo motivo particular.



—¿No vendrá vd. de la casa de Isabel?

—Sí; pero.....

—Basta; no quiero saber mas.

Poco á poco se ha ido haciendo positiva mi alegría, y se ha ido disipando el sentimiento del desaire recibido: no estoy satisfecho, pero conforme; y me ratifico en la idea de no volver á verla.

Despues de todo he hecho bien. Isabel lleva el sistema, y me lo ha dicho, de no comprometerse á nada: está engreida con su independencia, y acostumbrada á conservar sus amantes en el aire para darles con el pié el día que ya no los necesita, sin dejarles lugar á quejarse ni reclamar: ¿qué derecho pudiera alegar un hombre á quien nunca se le ha dicho te amo? ¿La costumbre? pero los hechos tienen mil interpretaciones, y en ese caso una muger puede decir lo que Marcela.

Señor; qué no ha de poder  
ser amable una muger  
sin que la persigan necios?

Repito que hice bien en ecsigir una respuesta perentoria y precisa, ella conoció el lazo y huyó, hizo bien, aunque lo siento: pero de otra manera sería yo esclavo de todos sus caprichos, sin poder nunca ecsigir su recompensa. En vez de mandatos, insinuaciones tendria que hacer, y el día que le hiciera un reclamo amistoso y disimulado con responderme —no lo creia....—no pensaba....—quedaba yo burlado. Ademas, la amistad disculpa la familiaridad

hasta cierto punto; pasado el cual no sé qué haria si intentando un ataque directo me preguntase con aquel acento de orgullo:—¿qué significa eso?...—Apelar á la declaracion en este caso es una necedad; callar humildemente y bajar los ojos una ridiculez; proseguir á título de seguera ó veteranada no es una groseria.... Lo que yo veo es que con todas mis teorias, me han dado calabazas....

Eh! no hay mal que por bien no venga; qué sé yo cuantas pesadumbres me habrá ahorrado ella misma.... y señor no todas han de decir sí á la primera: querrá que le ruegue.... rogarle yo! eso no: la he dicho no volveré á verla y no volveré. Poco á poco se me irá pasando.

Con esta cristiana resolucion me voy á acostar.

Marzo 23.—Aunque he dormido bien anoche, me costó trabajo atrapar al sueño. En la soledad de las sombras he visto á Serafina echandome en cara mi debilidad y mi inconstancia; me he avergonzado de mí mismo, y he buscando disculpas á mi conducta poco caballerosa. Es verdad que Isabel no posee realmente mi corazon, en que Serafina vive aún como en un santuario; pero lo he dicho humillandola ante la otra, poniendola á sus piés como yo estaba, por alcanzar un simple favor de muger, y esto es peor que sentirlo realmente. En este caso la falta estaria en el olvido, pero no en la voluntad..... Sacrificar, igualar, abatir ante una muger corrupta y despreciable, á la que yo mismo he elevado hasta el rango de divinidad!..... profa-



nar un nombre angelical, invocandolo para realizar un crimen!..... prostituir los afectos mas puros y tiernos del corazon por un capricho!..... Esta idea me ha atormentado mas, que la pérdida de Isabel.

He pasado el dia en meditaciones á cual mas original y variada.

Ya cambié de idea, y he resuelto volver á verla lleno de alegría y de amistad; para manifestarle que no me ha hecho impresion su repulsa, ni tengo ya pretensiones de ninguna especie. Al verla le diré: fuí un tonto en enamorarla á vd.; hizo bien de no hacerme caso, y aquí estoy de amigo.

En pocas palabras esto le iba á decir, para manifestarle indiferencia; salvo algunas restricciones mentales, por las que me doy licencia de aprovechar, sin decir esta boca es mia, las ocasiones que me depare la fortuna.

Todo el dia y la noche se lo han dividido ella y Serafina: planes para la una; disculpas y promesas para la otra: afortunadamente ninguna de las dos me ha oido.—No he estado triste.

Marzo 24.—Hoy sí me he levantado de mal humor. En la noche he tenido la debilidad de desear verla, pero no para humillarla con mi indiferencia, sino para humillarme yo mismo rogandole.

No seas así Gabriel: recuerda que te has reido de tanto necio que la persigue alucinado, creyendo alcanzar algun dia el premio de los ultrajes y humillaciones que sufren en silencio..... ¿vas á ser uno de tantos para que se rian tambien de tí?.....

y ella la primera..... ¿Sabes que no te amaré; que no es capaz de amar á nadie?..... ¿Pero por qué no me ha de amar?..... digo..... ¿por qué me desprecia á mí que la trato con delicadeza, con caballerosidad; que le pagaria su ternura con reserva y agradecimiento, al paso que ha sido fácil con hombres groseros que la desprecian, la murmuran, la deshonoran?..... No me desprecia; pero quiere seguir ese camino vulgar, trillado, que me repugna: ¿qué le cuesta ponerse una máscara, fingir amor, para cumplir su antojo, sin hacerse mas despreciable á mis mismos ojos?..... Yo tambien quiero placer, placer material; pero algo de ilusion porque soy poeta..... Mujeres, nada mas que mujeres, sobran..... pero no quiero una muger de esa especie..... ¡Lástima!..... bajo una apariencia tan brillante no hay mas que vulgaridad, y..... corrupcion. Y yo que siempre la habia juzgado superior á las demas..... ¡Qué diablo! por necias ilusiones y por delicadezas que nadie tiene, no he de perder un buen bocado: sigamos sin hacer fieros el camino que ella me señala.....

Pero si ya lo erré..... quebrar mi carácter, seria una inconsecuencia capaz de hacerle retroceder; es decirle claro--te he conocido;—y las mugeres gustan de permanecer encubiertas, de oír alabanzas cuando ménos las merecen; una de sus mas gratas ilusiones es creer que nos están engañando. Además, una muger se prostituye, pero no gusta de que se lo digan..... Pues le seguiré rogando;



le haré comprender mi deseo á fuerza de espiritualidad y sentimentalismo..... le haré comprender que cuando ella se abate yo la elevo; que no soy como los demas hombres que huello la flor que me causó algun placer..... ¿Y si se rió de mí?..... Seré uno de tantos: ¿qué me importa? No es nada nuevo esta guerra entre hombres y mugeres.

Estos pensamientos y otros mil me han dominado desde que comenzó la noche, y ya es bien tarde: allá en el fondo del corazon siento una punzada aguda y sorda: el amargo desengaño de ver que en el mundo todo es lodo y corrupcion; que yo mismo que corro en pos de las ilusiones, y que llora la prostitucion de las mugeres, soy tan débil que he sacrificado á un deseo profano y carnal, la única divinidad que ecsistia para mí. Yo sé que así es el mundo y que así debe ser; ni me escandalizo, ni me sorprendo, pero el corazon que ha soñado otra cosa, se lastima. Siempre me he reido de los que lloran desengaños: y yo, que los preveo todos con la cabeza, siento herido el corazon cada vez que soy la víctima. Me rio ahora de despecho, de desesperacion..... dizque conozco el corazon humano, y no sé dominar el mio.

Otra vez miro mi porvenir tenebroso: me creo mal colocado en el mundo; juzgo inútil mi vida.... imposible la felicidad.... El desaliento vuelve á dominarme.—Es ya la madrugada y me voy á acostar.

Marzo 25.—Me he levantado muy tarde, y de

un humor negro como nunca. Los quehaceres de la mañana me han distraido; pero desde que volví á casa no puedo sufrirme: á mi tristeza se añade la inquietud por verla, y me desespera el tiempo. Sé que esta tarde irá al paseo, y la siesta, que siempre duermo bien, ha sido mas corta que nunca. Muy temprano me he puesto en camino para buscarla y mirarla á lo ménos. He procurado tomar parte en la diversion comun para distraerme; pero mi pensamiento ha estado fijo en ella. De paso he visto á Serafina: ni me detuve á mirarla; ni me volví á ocupar de ella, sino cuando me pasaba vagamente por la memoria. En otra época me habria estado contemplándola toda la tarde.

Este paseo adonde voy á buscar á Isabel, es un hermoso jardin del otro lado del rio, que se ha hecho de moda y que todos los dias de fiesta está lleno de gente de todas clases. Se baila, se pasea, se juega; pero las gentes aristócratas como Isabel solo pasean sin mezclarse con el pueblo. Cada coche que oia rodar ó paraba á la puerta, me hacia latir el corazon y ya creia verla. Por fin, llegó.

La esperé sentado por disimular, venciendo los impulsos que sentia de salir á encontrarla y darle un abrazo: su primer saludo fué frio y circunspecto: los dos paseamos por el jardin cerca de una hora; siempre léjos uno de otro; porque yo no me atrevia á acercarme, entre mil que la rodeaban. Ella tuvo cuidado de no verme á la cara ni una vez; yo la espiaba à hurtadillas. Para hacerle un agaza-



jo indirecto corté un boton de rosa y se lo regalé á Rosa su hermana, que me dijo al tomarlo:

—¿Eso me da vd.?

—Sí.

—En el lenguaje de las flores quiere decir corazon sin amor.

—¡Ah!.... no quise decir eso.—Y le arranqué el boton que hice mil pedazos despues.

Rosa es una niña inteligente, y nos comprendimos. Isabel sabia el pasaje.

Salieron por fin, y el saludo de la despedida fué mas amable: se sonrió conmigo, y me tendió el abanico.

Desde este momento hasta las ocho de la noche, se me hizo un siglo. Habia resuelto ir á su casa, pero no para decirle que ya no la amaba, y reirme de su desden, sino para que me viera triste, ojeroso, *romántico*: y arrancarle un *sí* á fuerza de padecer. Iba yo.... porque no podía ménos; me habria sido imposible otra cosa. Si en la tarde no la hubiera visto, puede que no hubiera ido á verla este día á lo ménos.

En el camino para su casa, luchaba todavia allá en el corazon un resto de fortaleza, que me reprendia la debilidad que iba yo á cometer; temí su risa por esta misma razon; pero no estaba capaz de oír nada. Llegué en fin, temiendo no encontrarla, y ella fué quien me abrió la vidriera de la aatesala.

—¿Ya ve vd. como al fin volvió?... fueron

las primeras palabras que me dijo ántes de salvarme.

Nada respondí; ni tenia que: con los ojos bajos y sintiendo oprimido el corazon la seguí hasta sentarme en el sofá de en frente: ella estaba vestida de blanco, y con un talle hermosísimo; la vi venir hácia mí, y tomar asiento á mi lado. Todo en silencio.

Por no prolongar mas aquella escena embarazosa y humillante, le pregunté por Rosa.

—Está durmiendo ya; es una floja—y se levantó violentamente.

—¿A donde va vd.?—le pregunté.

—A despertarla.

—¿Para qué?

—¿No la despertamos?

—No.

—Pues no.—Y volvió á sentarse junto á mí. Yo me retiré hasta el otro extremo del sofá, para que no me rozaran sus vestidos; temia hacer una imprudencia.

Este diálogo fué el mas animado que tuvimos en hora y media: aun no me resolvia yo á hablarle otra vez de amor: buscaba objetos que nos ocuparan, pero los dos estabamos tan distraidos, nos interesabamos tan poco en lo que hablabamos, que cada rato se agotaba una materia sin poder ligarla con otra que mantuviera el pábulo de la conversacion. En cada uno de los largos paréntesis permanecia ella muda, con los ojos fijos en mí, con el cuerpo en el aire y los brazos cruzados, como quien está pronto á ejecutar el primer manda-